

## Don Cherry. El hermano gemelo

Javier de Cambra

*El Urogallo*, nº103, diciembre 1994, ps. 57-60

Fue el pianista John Lewis quien otorgó a Ornette Coleman y Don Cherry el muy alto título de hermanos gemelos y ellos mismos así se reconocieron — *Twins*— en una recopilación de sus trabajos discográficos. Si el jazz registra una sucesión de encuentros, de entendimientos, de la hermandad de *soul brothers*, de dar en el momento preciso con la compañía precisa, nunca hasta la irrupción de Coleman y Cherry se pudo pensar en los gemelos. En el estadillo del jazz libertario que provocaron no importaba cuán lejos pudiera ir el uno, pues el otro estaba allí esperándolo (como cada uno a sí mismo, como el gemelo al otro lado del espejo). Desde la lejana fecha de 1957 hasta hoy mismo, Coleman y Cherry, aun habiendo desarrollado cada uno su personalísima carrera, han mantenido la unidad en la música que juntos practican. Nadie pensaría en otro trompetista para flanquear a Ornette, ni siquiera él mismo cuando empuña la trompeta, desde luego, y si Cherry ha estado en tan buenas compañías, nunca dejaremos de buscarle junto a Coleman.

El trompetista que ha abrazado todos los instrumentos y todas las culturas musicales ha reconocido siempre en Ornette a su gurú y en el instante en que tocan juntos, los gemelos vuelven a nacer. Gemelos musicales, acláremoslo ya, pues en el trato personal se parecen tanto como Henry Ford, el de los coches, y su hermano Roque, el de los quesos. Ornette es un hombre esquivo, que no disimula su absoluta desconfianza hacia quien se le acerca y que en cuatro días de convivencia en Reggio Emilia huye de los críticos (esos aficionados de tanta obstinación que a su ojos parecen sólo hombres blancos) como de su peor enemigo. Don Cherry es un vendaval de cordialidad que si te ha visto una vez en San Sebastián vendrá a saludarte y abrazarte allá donde te encuentre. Así sucedió, en la misma ciudad de la Emilia Romagna, cuando encontré a un Don Cherry aún más locuaz de lo habitual.

«San Francisco estuvo bien, era una ciudad que estaba bien, pero no ahora. Ahora no se puede vivir allí. No sé dónde ir a vivir. ¿Tú qué [58] crees?», me decía y yo me permití sugerirle que en muchos lugares de África podría vivir santa y felizmente. También se interesaba por éste nuestro país y por algún amigo como Cristóbal Paniagua, hasta que llegó la desconcertante pregunta: *What about Pipi?* No fue precisamente por entenderle que se me ocurrió acompañarle a los servicios del Teatro Valli, donde aguardábamos el concierto. Ya enfrentado cada cual al mingitorio empotrado al que Vespasia no dió nombre, Cherry Jadea su cabeza y me dice: *I want to meant Pipi Eibichuela.*

Apenas unos meses después Cherry aterrizaba en Madrid, para un estupendo concierto en el San Juan Evangelista, y el mismo Pepe Habichuela lloraba de la risa al oír el relato de la confusión. Poco importaba, pues nuestro inmediato destino, después de una cena tardía, era Candela, consulado cierto del flamenco y de la vida flamenca en Madrid. Ya se sabe que en Candela, más exactamente en su sótano al que sólo acceden devotos e iniciados, no siempre pasan las cosas, pero cuando suceden, es de verdad. Así se lo expliqué a Cherry, en la conveniencia de ahuyentar cualquier premura, y apenas una botella de Ribera del Duero más tarde, bajábamos a la cueva, con Pepe y Juan Habichuela y el tamborileo de los dedos que marcan el compás sobre la mesa y arranques de cante que son respondidos por Cherry con tonadas de Bali o nanas indias americanas que acunaron su infancia. Al poco rato, no cabíamos. Juan y Pepe Habichuela, y sus hijos y sobrinos, los Carmena de Ketama, El Bola y su hermano, el divino Pepito, y en cada asiento, un guitarrista, y de los Maya también había unos cuantos, entre ellos, el entonces bien niño Jerónimo, el que nunca tocó una guitarra chica y al que tres generaciones de guitarristas flamencos escuchan sin llegar a dar crédito: Joder con el niño. Guitarras y palmas, palmas y cante, cante y baile y es Pepito y es Don quienes bailan, no hay mejor fiesta que la no convocada y antes acabó la noche que el encuentro entre el trompetista —y tantas cosas más— de Oklahoma City y sus hermanos de la carretera y de la Música, estos flamencos que forman parte de su familia universal.

La despedida fue, pues, ya en horas de la mañana, una noche en la que el tiempo es tesoro y la convicción de que la velada en Candela fue ese encuentro pero también una visita al Hogar Universal de la Música. Sentí que había compartido ese momento con Cherry, pero también pensaba en cuántos lugares de este planeta, en India del Norte y en India del Sur, en Marruecos y en Suecia, en Bali y en Mali, don Don había verificado la misma suerte de experiencia, y no puedo decir que me haya alejado de comprender un poco más su música, su autodefinición universalista.

No por ello ha dejado de sorprenderme. Ni él ni alguno de sus comentaristas. Y me refiero, con todo cariño, como se puede comprender, a uno de los cuatro redactores de la obra española *Los 100 mejores discos del Jazz*, que comienza su comentario al disco Art Deco con la siguiente afirmación: «La personalidad de Don Cherry parece forjada en el afán de sorprender». Y, la verdad, es que uno lee una cosa así y se queda cavilando. ¿Por qué se lo parece? ¿Por qué un crítico como no artista —eso somos— piensa que un artista puede forjarse en la provocación de la sorpresa ajena? ¿Sobre qué bases un artista puede afanarse en sorprender? Y el encabezamiento de tal invitación a la escucha de Cherry no ha dejado de darme vueltas hasta que precisamente he releído el texto de presentación, de Doug Ramsey, al disco en cuestión. Y resulta que Ramsey inicia sus notas citando a Dizzy Gillespie, quien [59] dice: «Sorpresas. Don Cherry es alguien lleno de sorpresas». Y resulta que el mismo Ramsey remata su texto aseverando: «Es, por supuesto, fácil predecir el futuro de Don Cherry. Continuará estando lleno de sorpresas». Y bien está que a uno

se le pasen las cosas y que en ocasiones todos volvamos a escribir, inconscientemente, tal vez, ideas expresadas por otros. Pero que donde Gillespie dice *sorpresas* y Ramsey dice *sorpresas* valga para que alguien traduzca en *afán de sorprender* dice muy poco de lo propiamente aportado por el redactor que fusila. Ser capaz de sorprender no suele ir ligado al mismo propósito, bien al contrario, seguramente, y el crítico como juez que denuncia afanes de un artista más valdría que leyera a George Steiner y que en un centímetro cuadrado de papel consignara una de sus tesis: «Al mirar atrás, el crítico ve la sombra de un eunuco». Es mejor saberlo, y educarse para recibir las sorpresas como un regalo de la lucha solitaria del artista.

Y este afán sí puede reconocerse a Don Cherry y con el expreso don de adelantarse al tiempo y a las modas, aún en la renuncia del propio éxito. Cherry siempre parece empezar antes que los demás y la universalidad de su persona le viene con su nacimiento (1936), hijo de afroamericano (barman del Plantation Club de Los Angeles) e india choctaw. Podía vestir pantalón corto cuando empieza a tocar en bandas de rhythm & blues y a los catorce años dirige su primer grupo. Tiene 20 cuando conoce a Ornette Coleman, aquel Cristo negro de largo pelo y largas barbas a fines de los 50, con el que cambiaría el oído de todos cuantos son capaces de escucharles. Cherry está en el mismo centro de la última revolución musical que el jazz ha experimentado y a lo largo de los sesenta toca con todos los que están [60] en ese paso más allá: John Coltrane, Steve Lacy, Sonny Rollins, Archie Shepp, Gato Barbieri, Pharoah Sanders, George Russell, Albert Ayler, Carla Bley. Ha visitado repetidas veces Europa cuando en 1964 realiza su primer viaje a África, a Marruecos: «Era la primera vez que iba a otro país en el que el tiempo y el olor eran distintos». Desde entonces, Cherry desdeña su papel, justamente adquirido, de héroe de la vanguardia jazzística para producir música que de todas las músicas se alimenta.

Si en España estuvo con los Habichuela, Don Cherry ha ido al encuentro de los hermanos Dagar (el canto Dhrupad de India del Norte) y del percusionista turco Okay Temiz, de Abdullah Ibrahim y de Jimi Hendrix, de Manu Dibango y de Lou Reed, de Penderecki, también. Y si se afinsa durante años en Suecia dará con suecos conocedores de las músicas de India y de Africa (y en trega discos tan fascinantes como *Eternal Now*) y si colabora con jazzmen alemanes como Mangelsdorff y Kühn es para poner en pie una suerte de suite jazzística inspirada en el gamelin de bali (*Eternal Rhythm*). Y Cherry canta (y hasta se confiesa más cantante que trompetista, lo cual hasta puede ser cierto si lo entendemos como vocalista de la trompeta) y además de su instrumento de bolsillo le podemos oír en el piano, órgano, armonio, sintetizadores, Doussn'Gouni (arpa de los cazadores de los Bambara de Mali), melódica, gamelin y toda clase de percusiones, y también las flautas, incluidas la h'suan, u ocarina china, y también la Pkandung, trompeta ritual tibetana hecha con el fémur de una virgen fallecida.

Como más de una vez se ha dicho, Don Cherry es el verdadero campeón de la World Music, antes de que existiera este mismo concepto, y en

su producción están los tres magníficos discos del trío Codona, en el que militaba junto a Collin Walcott y Nana Vasconcelos. Y también graba discos en dúo con Ed Blackwell y junto a éste, Charlie Haden y Dewey Redman constituye Old and New Dreams para dar fuego a la música propia y a la de Ornette, en cuyas bandas, Original Quartet y Prime Time, ha comparecido y grabado en los últimos años.

Ahí sigue este diosacillo burlón de la trompeta de bolsillo, el continuo creador de cantables, el sorprendente, sí. Y en los años más recientes, su producción discográfica se ha enriquecido con tres entregas de bien diverso signo: *Art Deco* (1989, tres cuartos del original Quartet más el tenor James Clay), *Multikulti* (1990, la casa universal de la música) y *Dona Nostra* (1994, con sus aliados del País del Norte, Suecia). Al tiempo, Cherry se ha ofrecido en concierto no siempre en las mejores condiciones, de las que no disfruta por lo que se suele aludir como problemas personales (y es verdad que es un problema que a uno le gusten mucho determinadas cosas, así es).

En la encrucijada en la que el jazz podía volverse sobre sí mismo (y así lo verifican todos los jóvenes que tocan la música de la juventud de otros), o abrirse al mundo, Cherry ha sido, como Randy Weston, gran campeón de este segundo camino en el diálogo constante con otras culturas vivas. Pero para disfrutar de ello, y no pretendo una *boutade*, además del jazz te tiene que gustar mucho la música, y no tanto las etiquetas. Este parece el recorrido del estupendo Don Cherry.